

CONVERSACIÓN Y RECIPROCIDAD. EL OTRO IMAGINADO

ANGELA CALVO DE SAAVEDRA*

RESUMEN

El presente artículo explora el significado de la perspectiva moral de David Hume en torno al problema de las posibilidades y las condiciones del reconocimiento del otro en el seno de las sociedades plurales. Propone como tesis la construcción imaginativa del otro como recurso para entablar lazos de solidaridad que respondan a las exigencias de una convivencia tolerante y del desarrollo moral de los individuos e instituciones. Se desarrolla en tres momentos. En el primero, especifica el contexto y el carácter de la investigación moral de Hume. En el segundo, se acerca al principio operativo de la mente, la simpatía, como fuente principal de las distinciones morales. Por último, muestra cómo la simpatía, figura de la imaginación en el plano moral, construye de manera estética y recíproca al otro.

* Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, Colombia.

CONVERSATION AND RECIPROCITY. THE IMAGINED OTHER

ANGELA CALVO DE SAAVEDRA*

ABSTRACT

This paper explores the significance of Hume's moral viewpoint regarding the problem of the possibilities and conditions under which the other is recognized within plural societies. It proposes the following thesis: that the imaginative construction of the other is the way to establish links of solidarity necessary to a tolerant way of living and the moral development of men and institutions. It is displayed in three moments. First it specifies the context and character of Hume's moral inquiry. Secondly it approaches the operative principle of the mind, sympathy, as the main source of moral distinctions. And lastly, it shows how sympathy, the imaginative figure in moral, constructs, in a aesthetic and reciprocal way, the other.

* Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, Colombia.

INTRODUCCIÓN

LA PRESENTE EXPOSICIÓN se dirige a explorar el significado y el valor de la perspectiva moral de David Hume en torno a un tópico central en el debate ético contemporáneo, las posibilidades y las condiciones del reconocimiento del otro en el seno de las sociedades plurales. La tesis que pretende establecer, es la construcción imaginativa del otro como recurso para entablar lazos de solidaridad que, evitando el dogmatismo fundamentalista y el escepticismo moral, respondan a las exigencias de una convivencia tolerante y del desarrollo moral de los individuos y las instituciones.

Se desarrollará en tres momentos: en el primero, se especificará el contexto y el carácter de la investigación moral emprendida por el filósofo escocés, resaltando su vecindad con el presente; en el segundo, se mostrará la importancia de su respuesta a la pregunta por el origen del punto de vista propiamente moral, cuyo carácter peculiar es la imparcialidad y la intersubjetividad, la cual, abordada desde una actitud descriptiva y experimental, al modo fenomenológico, rehabilita los sentimientos morales frente a las pretensiones de la razón, acercándose así a la fenomenología husserliana y al comunitarismo, pero develando un principio operativo de la mente, la simpatía, como la fuente principal de las distinciones morales, capaz de tender puentes entre las diferencias, comprendiéndolas e interactuando con ellas; en el último, asumiendo la simpatía como la figura de la imaginación en el plano de la moral, se expondrá cómo ésta constituye de manera estética y recíproca al otro; que sólo en cuanto es un proceso maquínico, en principio, está abierta a la corrección y expansión gracias, justamente, a la fuerza de la comunicación entre los diferentes puntos de vista, a ese uso de la palabra que, hermenéuticamente, abre perspectivas, corrige unilateralidades y forja el carácter: la conversación. La conversación humeana, pienso, se acerca a la acción comunicativa de Jürgen Habermas, pero permite articular las posibilidades de entendimiento en un contexto menos restringido y virtual que el discurso argumentativo. La imaginación simpatética, refinada en la conversación, puede así aspirar a introducir en el debate una nueva figura de la reciprocidad —el otro imaginado— apta para ampliar el espectro del debate en el medio de

las voces del otro representativo y del otro de quien cuidamos porque compartimos con él fuertes valoraciones.

1. LA GÉNESIS DE LA PREGUNTA POR EL OTRO

LA INVESTIGACIÓN MORAL emprendida por David Hume en el siglo XVIII corresponde a la inquietud surgida ante el desencantamiento moderno del mundo, que sitúa el problema de la convivencia felicitante y tolerante en el centro del pensamiento ético,estético y político. En efecto, la moralidad se enfrenta a un dilema particularmente complejo, pues la emergencia del individuo, con la concomitante proliferación de intereses particulares, ha desdibujado todo nexo plausible entre la autorrealización personal y el bien común, sustituyéndolo por la innegable pluralidad de puntos de vista,que necesariamente exigen una mirada perspectivística y cuyo resultado más dramático, es la metáfora hobbesiana del irreductible egoísmo en el fondo de la naturaleza humana; una salida, entre la dificultad de pensar la moralidad en términos del bien común,son las propuestas de reducirla al cumplimiento de ciertas normas imperativas, lo cual, como brillantemente señala Alasdair Macintyre,trae consigo un problema mayor y es la pérdida de integridad de la moral,por cuanto se abre un vacío insalvable entre el deber abstracto y las motivaciones para actuar de los agentes concretos.

La pretensión humeana será entonces doble: mantener el vínculo de la pregunta moral con la búsqueda de la vida buena y,teniendo presente el conflicto entre las distintas versiones de ella, desvirtuar la imagen del egoísta radical, hallando en la naturaleza humana mediante el recurso del método experimental,descriptivo, indicios de una afeción por la miseria o felicidad de otros que habilite la aprobación o censura de los distintos caracteres desde un punto de vista más general, menos parcial que el del propio interés. Empeña su vida filosófica en esta tarea pues, a su juicio, de ella depende la posibilidad de una vida social plural civilizada, o lo que es lo mismo, ajena a todo dogmatismo sectario; su justificación es clara:

No puedo dejar de sentir curiosidad por conocer los principios del bien y del mal morales, la naturaleza y fundamento del gobierno y la causa de las distintas pasiones e inclinaciones que actúan sobre mí y me gobiernan. Me siento intranquilo al pensar que apruebo

un objeto y desapruébo otro; que llamo bella a una cosa y fea a otra; que tomo decisiones con respecto a la verdad y la falsedad, la razón y la locura, sin conocer con base en qué principios opero. Estoy interesado por la condición del mundo ilustrado, que se halla en una ignorancia tan deplorable de todos estos puntos. Siento crecer en mí la ambición de contribuir a la instrucción de la humanidad (...) y éste es el origen de mi filosofía (...). Si la filosofía es correcta, puede ofrecernos únicamente sentimientos serenos y moderados. (TNH SB 271-272).

El siglo XVIII escocés estuvo marcado por la memoria reciente de la guerra de facciones religiosas frente a las cuales la filosofía mostró su impotencia y, por ende, la arena pública fue literalmente ocupada por las distintas formas de superstición que, a juicio de Hume, obstaculizan el espontáneo recurso de la mente para convivir en la diferencia; por ello en toda su obra ha de ingeniarse un modo de hacer filosofía que no se aparte del carácter mixto de la vida humana –sociabilidad, racionalidad y actividad–, que observando atentamente a los hombres en el curso de sus actividades cotidianas y, sobre todo, en su trato mutuo le permita, con la mirada fina del anatomista y, a la vez, con la creatividad del pintor, explorar la naturaleza humana, la capital de toda ciencia. Esa búsqueda se hace particularmente pertinente al abordar los temas de la filosofía moral, pues ellos requieren, ante todo, de un ánimo que se sintetiza en la máxima: "Entrégate a tu pasión por la ciencia, pero haz que tu ciencia sea humana y que tenga una referencia directa a la acción y a la sociedad (...). Sé filósofo, pero en medio de toda tu filosofía continúa siendo un hombre" (ECH 9). Así, el ejercicio resultará útil y agradable a la vez, es decir virtuoso; Útil por que responde a la necesidad urgente de hallar un léxico moral compartido, desde el cual sea posible imaginar y realizar una sociedad humana y pensar el bienestar más allá de las identidades y lealtades cerradas. Agradable, porque promueve los dos mayores placeres de la vida, el estudio y la sociabilidad.

En un contexto como el anterior es que cobra relevancia la pregunta por el otro, no solamente porque al abrirse las perspectivas de felicidad ya no podemos suponerlo simplemente como una réplica de que sino que se precisa reconocerlo en su especificidad de universo simbólico, porque la noción de igualdad a los ojos de Dios se torna claramente insuficiente para fundamentar la moral secular y hay que transformarlo en el concepto mucho más rico pero a la vez,

más exigente de reciprocidad. Su experiencia con las formas de interacción lo confrontan más que con individuos egoístas y con la búsqueda exclusiva de satisfacción de sus intereses, con grupos solidarios pero sectarios, dispuestos a excluir toda diferencia al calificarla de bárbara e inhumana. Así, la tarea es trabajar por la civilización, identificada por el desarrollo del punto de vista moral, la comprensión de la diferencia y la construcción de vecindades sutiles pero eficaces que amplíen el nosotros movilizándolo sentimientos, creencias y hábitos mentales hacia la perspectiva de que la diferencia no habla exclusivamente del conflicto sino también de la complementariedad.

Para avanzar en su investigación moral, Hume requiere hallar un fenómeno moral y lo encuentra rápidamente en la experiencia de que todos los hombres, en distintos marcos culturales y épocas, realizan distinciones morales, es decir, aprueban y censuran, en tanto espectadores, determinados caracteres, diferenciando la virtud del vicio. Elimina de entrada al escéptico moral, llamándolo un 'disputante de mala fe' (EPM SB 133), así como al dogmático, obstinado en principios que no ha indagado, pues considera que en ese territorio toda controversia es estéril: 'En ambos casos es de esperar la misma ciega adhesión a sus propios argumentos, el mismo desprecio por sus antagonistas y la misma vehemencia apasionada en la invención de falsedades y sofismas' (ibid). Asumiendo que es inconcebible que haya un ser humano que crea seriamente que todos los caracteres y acciones son igualmente dignos de afecto y consideración, vuelve su interés hacia un interrogante mucho más significativo, a saber ¿cuál es el origen de las distinciones morales?, para aclarar si se fundamentan en la razón o en el sentimiento. Dedicaremos el siguiente apartado a reconstruir su respuesta.

2. LA IMAGINACIÓN SIMPÁTICA EJE DEL PUNTO DE VISTA MORAL

A PARTIR DE UN CONCEPTO restringido de razón, que podríamos identificar con el entendimiento kantiano, cuyos objetos son solamente las relaciones de ideas y las cuestiones de hecho juzgadas a partir de conexiones causales imaginadas, Hume se inscribe en la tradición de los moralistas ingleses que afirman la existencia de un 'sentimiento moral', y afirma tajantemente, a partir de una actitud

descriptiva y experimental, que 'la moralidad es, pues, propiamente más sentida que pensada' (THN SB470), aduciendo que 'la moral suscita las pasiones y produce o impide las acciones, pero la razón es absolutamente impotente en este caso particular. Luego, las reglas de la moralidad no son conclusiones de nuestra razón' (THN SB457).

Antes de abordar la disección de la génesis del punto de vista moral, es preciso resaltar su carácter enfáticamente imparcial e intersubjetivo, su pretensión de constituirse en punto de vista capaz de comprender y evaluar, desde una perspectiva estable y general, otras culturas y sociedades, abrirse a creencias, metas, deseos y autocomprensiones diferentes a las propias, desplazando la mirada del interés propio hacia estándares comunes que, aunque no se pueden establecer *a priori*, y son contingentes, en la medida en que se arman en el entramado social habitual, sí admiten refinamiento y crítica. Su origen ha de hallarse en un mecanismo operatorio natural –en el sentido de espontáneo– de la mente. El punto de partida es determinar los habitantes de la mente, las percepciones que se dividen en impresiones e ideas, siendo estas últimas copias tenues de las primeras, que, a su vez, se subdividen en impresiones de sensación e impresiones de reflexión, propiamente las pasiones. Si bien la génesis de toda idea es una impresión, lo realmente significativo para comprender las creencias y sentimientos que actúan en la vida cotidiana es abordar los mecanismos asociativos entre las ideas y las impresiones; en otras palabras, el escenario dinámico de sus posibilidades de conexión, fusión y contaminación, en el cual se realza el poder de la imaginación, tanto para introducir órdenes inéditos como para transfundir vivacidad a las ideas, de manera que se tornen semejantes a las impresiones. Sin duda, el personaje que atraviesa con fuerza suave el ámbito del entendimiento, de las pasiones, del sentimiento y del gusto es la imaginación: ella teje la ficción de la continuidad de la experiencia, así como la cercanía entre las mentes de los hombres en la vida social.

Representemos la obra de la imaginación con algún detalle. Efectivamente, Hume la describe como una 'cualidad mágica de la mente' que vincula todas las comarcas de la geografía mental al conectar lo discreto de las percepciones en cadenas inerciales interminables, dando lugar a la experiencia con los objetos, así como a la interacción con los otros personajes del teatro del mundo:

La imaginación, una vez colocada en una cadena de pensamiento, es capaz de continuar la serie, aún cuando se acaben sus objetos, del mismo modo que una galera puesta en movimiento por los remos, sigue su camino sin precisar de un nuevo impulso (THN SB198).

En ese contexto, Hume propone otra de sus metáforas brillantes, para captar la dinámica veloz de la fábrica de la mente, su comparación con una república o Estado, en la cual sus miembros se hallan unidos por lazos recíprocos y dan origen a otros miembros, que propagan la misma unidad en los cambios incesantes de sus partes; lo central es captar la reiteración de lo mismo en la diferencia;

Y del mismo modo que una misma república particular no sólo puede cambiar sus miembros, sino también sus leyes y constituciones, de forma similar puede una misma persona variar su carácter y disposición al igual que sus impresiones e ideas (sin cambiar su identidad) (THN SB261).

Saltan a la vista dos tipos de recursos y de resultados de la imaginación: el primero, la posibilidad de reproducir, de seguir el curso del hábito como herramienta utilísima en la abreviatura del pensamiento y la acción certera; en esta figura, la imagen es la del tren que convierte lo semejante en igual, arma la regularidad de la experiencia y trilla caminos de afección, pero, su límite está en que puede ser fuente de crasos errores al encegucen la mente ante lo disímil, volviéndola tosca y precipitada. El segundo, referido al cambio de constitución y de leyes, es un poder constructivo que habilita a la mente para hallar semejanzas artificiales y aquí la imaginación se torna poder activo, movilizado por el interés en crear nuevas relaciones entre los objetos y entre éstos y nosotros, inaugurando formas de vida alternativas. En suma, de la imaginación resulta tanto el sentido común entendido, siguiendo a Shaftesbury, como punto de vista de lo público, de lo compartido, y, al mismo tiempo, su contingencia, la creación de nuevos hábitos, dos modos de operar que, como en el teatro, van transitando por la trama de la historia personal y social.

La dinámica de la imaginación en el ámbito de la filosofía moral, cuyo punto de partida es la experiencia del nosotros, la impresión del yo como tinglado de pasiones afectado por el reflejo de ellas en las

mentes de los otros, como en un juego de espejos capaz de contaminar y transfundir, adquiere vital significación, pues está en la base del punto de vista moral. Las antenas iniciales con las que contamos a la hora de hacer distinciones morales son el placer y el dolor, modos de afección cuyo origen no es asunto de indagación filosófica; su competencia es discriminar entre lo agradable y lo desagradable, movilizando, en consecuencia, la aprobación o la censura. Si esto es así, el sentimiento moral no puede ser sino un cierto tipo de placer o de dolor que nos mueve a aprobar un carácter virtuoso porque sentimos una satisfacción determinada ante su espectáculo o a desaprobarnos uno vicioso en virtud del sentimiento de desagrado y repugnancia que suscita. Sin embargo, Hume inmediatamente putualiza:

No todo sentimiento de placer o dolor surgido de un determinado carácter o acciones pertenece a esta clase *peculiar* que nos impulsa a alabar o condenar (...) Sólo cuando un carácter es considerado en general y sin referencia a nuestro interés particular causa esa sensación o sentimiento en virtud del cual lo denominamos moralmente bueno o malo (THN SB 472).

Buscando de qué principios se deriva y a qué se debe su aparición en la mente humana, Hume introduce un principio operador, la *simpatía*, figura moral de la imaginación, como veremos inmediatamente.

El concepto de simpatía se utilizaba de manera laxa desde el siglo XVI para hablar de afinidad y mutua afección entre objetos; a partir de mediados de siglo XVII se vincula explícitamente con la comunicación de sentimientos de una mente a otra y adquiere importancia moral en el siglo XVIII, para contrarrestar la idea del interés egoísta como una motivación natural para la acción. Lo novedoso de Hume es que le otorga el papel protagónico en el sentimiento-juicio moral¹, es decir, la convierte en el centro de toda su ética. Si bien la introduce a propósito de la descripción de las causas del orgullo o autoestima, para enfatizar que la idea de yo sólo se gana en el interjuego de roles, en el trato mutuo entre actores y

1. Cfr. HERDT, Jennifer A., *Religion and Faction in Hume's Philosophy*, Cambridge University Press, U.K. 1997, pp. 36 ss.

espectadores que, de manera espontánea, evalúan y se ven afectados mutuamente por las apreciaciones del otro, la simpatía como dispositivo está presente en todas sus obras y, por ende, no hay una descripción unívoca de ella, sino que, más bien, es retomada, pulida, matizada y refinada continuamente, hasta tornarla prácticamente significativa para el reconocimiento recíproco y la convivencia pacífica y tolerante. Un testimonio clave del cuidado y atención que presta el filósofo escocés a la simpatía, y a su aserto de situarla en el centro de su teoría moral, es que concluye su *Tratado de la naturaleza humana* diciendo:

Sabemos que la simpatía es un muy poderoso principio de la naturaleza humana. Sabemos también que tiene gran influencia sobre el sentimiento de la belleza, lo mismo cuando contemplamos objetos externos que cuando juzgamos de asuntos morales. Vemos que tiene fuerza suficiente para proporcionarnos los más intensos sentimientos de aprobación cuando opera por sí solo sin la intervención de ningún otro principio (...) Podemos observar que todas las circunstancias necesarias para su operación se encuentran en la mayoría de las virtudes (...) Si ahora relacionamos todas estas circunstancias entre sí, no nos cabrá duda alguna de que la simpatía constituye la fuente principal de las distinciones morales. (THNSB 618).

Sin detenernos en los detalles de las aplicaciones y sutilezas que Hume va introduciendo en la descripción del operar de la simpatía, sí es preciso diferenciar y complementar la primera versión que la caracteriza como determinación de la mente, como proceso involuntario, maquínico de transfusión y contaminación de sentimientos e inclinaciones de unas personas a otras –por diferentes y aún contrarios que sean– y la versión de la simpatía ampliada y corregida, fundamentalmente por el ejercicio habitual de la conversación, que se puede entender como una fuerza de entendimiento mutuo adoptada como forma razonable de crecimiento moral, que transforma la mera delicadeza de pasión o proclividad a la afección, en delicadeza de gusto o refinamiento de los sentimientos, mediante el tránsito de las pasiones violentas hacia las pasiones calmas, ánimo necesario para la adopción plena del punto de vista moral. Clarificar estas dos aproximaciones es sumamente importante, pues establecen la distancia así como el vínculo original entre la contaminación emocional, que promueve solidaridades

peligrosamente estrechas, y la apertura a la reciprocidad de puntos de vista diferentes, condición ineludible de la convivencia plural.

Teniendo en cuenta la inquietud humeana por hallar en la naturaleza humana una preocupación genuina por la felicidad o la miseria de otros, necesita enfatizar que el fenómeno moral, el sentimiento moral es natural, es decir, no inducido en las mentes de los hombres. Por ello lo notable de la inclinación simpatética se radica en que, sin que podamos evitarlo o controlarlo, nuestras inclinaciones se movilizan al entrar en contacto con otros seres humanos, y más cuanto más próximos, cultural y afectivamente, se encuentren de nosotros; es ese escenario del contacto y del trato cordial, el que abre a cada individuo a su propio espectro de pasiones, pues se constata que "Experimento las pasiones de odio, sentimiento, aprecio, amor, valor, júbilo y melancolía más por la comunicación con los demás que por mi propio carácter y temperamento" (THN SB317). El proceso es obra de la imaginación, en tanto que el espectador, a partir de los signos externos de un carácter, los gestos, las palabras, tiene una idea de la pasión del actor; esta idea se aviva hasta convertirse en impresión de reflexión, en pasión, produciendo así una réplica emocional idéntica.

El mecanismo que aquí actúa es el principio de la semejanza, que ligado a esa impresión del yo pasional, que nos acompaña siempre en el mundo social como posibilidad de ser afectados por la aprobación o censura que recibimos de los espectadores, hace que nuestras mentes vibren al unísono como instrumentos de cuerda, esto porque la fábrica de la naturaleza ha preservado importantes similitudes entre los individuos, de manera que no existe pasión que contemplemos sin que ella tenga en nosotros un eco, así sea rudimentario. Si en el plano del entendimiento la obra de la imaginación es conectar percepciones mediante la inferencia causal, su papel en el "nosotros" de la moral y de la estética se expande, reverbera, se exacerba en su libertad de asociación, construyendo efectivamente al otro al simpatizar con él, es decir, creando semejanzas artificiales que potencian nuevas formas de relación. Aquí el interjuego de miradas, como en el teatro, es sumamente intenso, contagioso a tal punto que construye el carácter del actor como lo haría un artista, a partir de los vínculos entre los signos externos, sus actuaciones y las circunstancias.

Sin embargo, Hume ve inmediatamente la necesidad de matizar o mediar esa simpatía que podríamos describir como instintiva y originaria, por cuanto ella se limita de dos maneras peligrosas: por un lado, aunque su cobertura es virtualmente infinita, se ve afectada por la relación que tengamos con el actor, de tal suerte que puede generar juicios morales parciales; por otro lado, se circunscribe a la transfusión presente de un sentimiento o inclinación, pero ello no moviliza a la acción, hasta que no se ligue con un deseo de bien para el afectado originalmente y este deseo supone un enorme esfuerzo de la imaginación, que consiste en ubicar la afección presente en un contexto más amplio, el de la vida como proyecto del otro, construyendo un futuro que, aunque no ha sucedido, logra inquietarnos por su suerte como persona. Así, empieza a aparecer la necesidad como corrección de la simpatía en dos sentidos, de una ligada a la aproximidad, a una extensiva y ampliada; y de una débil y circunscrita, a una intensa, capaz de traducirse en genuina preocupación por la suerte del otro, mirando ya no como mero escenario de emergencia de una pasión o estado de ánimo, sino como persona que busca un bien y una autorealización, que se ven afectados a largo plazo por la situación presente. Esta corrección apunta a poder avanzar desde la determinación química –y en cierta forma pasiva– de la mente, a sentir pasiones idénticas a las que contemplamos, a sentir una preocupación por el sufrimiento de otros ligada al deseo por su bienestar y felicidad que, sugiero, podría ser ya solidaridad.

Lo que interesa resaltar en esta transformación, es que conduce al punto de vista propiamente moral a través de un refinamiento de la mente del observador, que deja de ver las cosas desde un punto de vista parcial, desde su propio bagaje moral, y ensancha su perspectiva para responder, de manera más acertada, a la complejidad de la situación, ganando así imparcialidad, adoptando un ánimo más apacible, condición de un juicio moral estable y general. Asimismo implica una nueva construcción del otro, no como espejo de mutuas afecciones, sino como una persona ciertamente diferente de mí, con una historia y una biografía que da significado y valor a lo que siente. Éste es el sentido de lo que denominamos *reciprocidad*. Ahora surge una nueva pregunta ante la sugerencia de que esta simpatía plena ya no es automática, ¿qué artificio la produce?

3. CONVERSACIÓN Y RECIPROCIDAD

TRAS ACEPTAR QUE en la corrección de la simpatía, necesaria para producir una aprobación o censura estrictamente moral, intervienen la razón y la reflexión² (entendida esta última como pasión apacible), y considerando que la preocupación consciente por convivir a partir del reconocimiento recíproco es más que tolerancia, soliradidad y se forja en la práctica cotidiana de la conversación, escenario en el cual se ejercita el sentimiento-juicio moral, que afina los horizontes de aprobación o censura, es decir nuestra capacidad de ser afectados por el placer y el dolor; hay dos referencias de Hume en los *Ensayos* y una en el *tratado* que quisiera traer en apoyo de mi tesis.

a. En el ensayo titulado *Of essay-writing* Hume propone que la barbarie del mundo moderno radica en la separación entre el mundo de los letrados y el de los conversadores que deben ejercer influencia mutua entre sí, pues ambos constituyen la porción ilustrada (*elegant*) de la humanidad: "¿Qué posibilidad hay de encontrar tópicos de conversación adecuados para el entranamiento de criaturas racionales sin el recurso de la historia, la poesía, la política y al menos los más obvios principios de la filosofía?" Por otra parte, la ilustración ha sido la gran perdedora, al ser encerrada en academias, en celdas separadas del mundo y la buena compañía. Por este medio todo lo que llamamos *Belle Lettres* se ha tornado bárbaro, al ser cultivado por hombres sin gustos y sin maneras, así como carentes de esa libertad y facilidad de pensamiento y expresión que solamente se pueden adquirir por la conversación³.

2. De suyo esa es la interpretación de dos de las más lúcidas comentaristas de la moral humeana, Annette Baier y Jennifer Herdt, quienes insisten sistemáticamente, en que el progreso de los sentimientos se logra por obra de la razón o del entendimiento simpatético que es, para la última, un intento de comprensión hermenéutica el cual, sin alejarnos de nuestra perspectiva personal, permite traducciones y complementariedades en la diferencia. A mi juicio, en cambio, el énfasis humeano está en la razón como pasión apacible, que sólo se actualiza en el trato mutuo de la conversación, mediado por las buenas maneras y las reglas sutiles de la vida social, que aproximan sin necesidad de consensurar o negociar.

3. HUME, David. *Essays moral, political and literary*, Liberty Fund, Indianapolis, 1985, p. 534 (la traducción es mía).

b. En el ensayo *of the delicacy of taste and passion*, diferencia de manera sutil estos dos caracteres, estableciendo cómo el primero posee una extrema sensibilidad ante los accidentes de la vida y por tanto siente placeres y dolores más intensos; esto es una ventaja sólo aparente, pues siempre está más expuesto al dolor y la miseria que al placer y la felicidad, de manera que su sensibilidad lo hará resentido y lo alejará del goce de los acontecimientos cotidianos que se disfrutan en compañía. En cambio el segundo, sin perder nunca la sensibilidad frente a la belleza o a la virtud, la fealdad o el vicio, tiene la pauta para localizar su felicidad en aquello que depende de él, y es más feliz con lo que satisface su gusto que con lo que gratifica sus apetitos. Afirma, en consecuencia, que la delicadeza del gusto ha de ser tan deseada y cultivada, como ha de ser lamentada y remedida, si es posible, la delicadeza de la pasión; nada es más apropiado para curar la delicadeza de pasión que el gusto refinado, que nos habilita a juzgar acerca de los caracteres de los hombres, de las composiciones de los genios y de las producciones de las artes más nobles, nuestro juicio se fortalece con el ejercicio: debemos formarnos nociones más justas de la vida⁴. El recurso es aquí, de nuevo, un escenario ampliado de conversación, que incluya el estudio de las artes y las ciencias, lo cual tranquiliza el ánimo, dispone a la reflexión y favorece el amor y la amistad.

c. En el *tratado*, buscando un transformador al interior del sentimiento moral mismo, que lo matice y lo sociegue, Hume establece que diariamente nos encontramos con personas cuya situación es diferente a la nuestra, por lo cual nunca podrían relacionarse con nosotros en términos razonables si permaneciéramos constantemente en nuestra peculiar situación y punto de vista. La comunicación de sentimientos cuando conversamos y estamos en compañía es lo que nos lleva a formar algún criterio general e inalterable de aprobación o desaprobación de un carácter (THN SB603).

Las referencias anteriores muestran claramente que el juicio moral imparcial del espectador es un fenómeno natural, pero inseparable del horizonte social y comunicativo, que emerge de la

4. *Ibidem*, pp. 5, 6.

historia y de los procesos de socialización: afirmar las dos cosas es posible por cuanto lo que se desarrolla no es el 'sentimiento moral' debido a la simpatía, sino la capacidad del juicio moral, hacia puntos de vista más generales y estables. La evaluación sensata es producto de la experiencia y del conflicto con otras versiones de vida buena, en esta medida, requiere de un aprendizaje, como desarrollo natural, ejercicio, habitualidad imaginativa que nos va sensibilizando al punto de vista de los otros.

Naturalmente, el ejercicio conversacional es complejo, pues la virtud es aquello que resulta agradable o útil para el actor y para los otros, lo cual exige que tengamos en cuenta, en cada situación, las perspectivas e intereses de los implicados y afectados. El aporte de Hume es que no se requiere el escenario discursivo habermasiano, sino que hay que potenciar el primer momento hermenéutico de la praxis comunicativa: el roce social en el que la simpatía se genera próximamente, que a veces hace inútil la argumentación y, cuando se requiere, la facilita. Tampoco la comunidad de variaciones fuertes es un requisito para la comprensión y la soliradidad. Hume se toma en serio el reto de un mundo civilizado, cosmopolita, en el cual el sentimiento moral sea suficiente fundamento para la sedimentación de formas de convivencia basadas en relaciones de reciprocidad.

Al mantener simultáneamente la diferencia y la comunidad de origen entre simpatía débil y corregida, es decir, la determinación maquínica de la mente que hace que "a cualquier parte donde vamos, sobre cualquier cosa que reflexionamos o conversamos, todo se nos presenta también bajo el aspecto de la felicidad o de la miseria humana y excite en nuestro corazón un movimiento simpático de placer o desasosiego" (EPM SB 180) ,logra eludir la reducción del punto de vista moral al interés egoísta, la exigencia de un puente entre sentimiento y juicio y asimismo establecer que todos somos capaces de juzgar moralmente.

Precisando que todo el constructo es obra de la imaginación, resulta pertinente aclarar por qué el otro imaginado resulta ser un

genuino otro⁵ y no una réplica ni una alteridad abstracta, sin atributos ni contingencias, a la cual podemos respetar justamente por que no podemos ser afectados por ella. La imaginación simpatética, corregida en la conversación, tiene dos roles a la vez: somos tocados con las imágenes de la virtud y del vicio, sentimos agrado o desagrado y aprobamos o censuramos un carácter a partir de un espectáculo particular presente, un otro concreto creado; por otra parte, la imaginación conduce a una evaluación imparcial en virtud del efecto de distanciamiento promovido por la conversación y la adopción del lenguaje moral común. En el primer movimiento opera como fuerza de captura: somos cautivados emocionalmente, conmovidos por una persona concreta, requisito ineludible por cuanto no existe un amor generalizado a la humanidad que avive y colorea nuestras ideas iniciales. En el segundo, apunta hacia un juicio pausado que habilite para reconocer los bienes que otros persiguen para enmarcar en ellos la evaluación, lo cual, en ningún caso implica la aprobación inmediata ni la suspensión de las creencias morales propias; de hecho, la única manera de comprender es teniendo perspectiva, ya que ella abre a la reciprocidad.

Lo novedoso es plantear la simpatía como un acto creativo de la mente, que permite comprender antes de evaluar, sin dejar nuestra identidad moral detrás; no se pretende eliminar las diferencias, sino cultivar una simpatía que permita atravesarlas. Se trata de un doble movimiento de concreción y de generalización, porque cuando se produce la contaminación no hay sustitución de identidades sino una transformación y extensión de mi sentimiento que conserva cierta distancia, se avecina sin ser mimesis. A su vez, al evaluar como espectadores imparciales, no nos reducimos a imaginar cómo nos sentiríamos en sus circunstancias, sino que partimos de un intento de comprensión de las tradiciones, virtudes y prácticas en las que la vida del otro es vivida, para imaginar lo que significa su punto de vista, de manera que le otorgamos intuitivamente validez, la dignidad de poder querer y pretender alguna legitimidad para sus motivos, generando

5. En este punto particular resultan de gran ayuda tres textos recientes: HERDT, Jennifer A., *Religión and faction in Hume's moral philosophy; Op. cit.*, BANWART, *Hume's Imagination*, Peter lang, New York, 1994 y FERREIRA, M. Jamie, "Hume and Imagination: Sympathy and the Other", en *International Philosophica Auarterly*, Vol. XXXIV, No.1, Issue 133, March 1994.

una relación más próxima, una semejanza mayor en medio de la diferencia. El fondo común que permite extender la simpatía es la similitud en la capacidad de poder sentir los unos hacia los otros, la vulnerabilidad de la auto-imagen frente a la aprobación o censura ajenas, que invitan a la reciprocidad suficiente para conversar y, en la interlocución, relativizar y reformular los puntos de vista particulares, desarrollarse moralmente. La conversación es el espacio privilegio para esa dinámica de acercamiento-lejanía, que evita la huida al ser humano en general y a la vez, a través de las reglas de las buenas maneras, de ese fingir, disimular, para que fluya el mutuo encantamiento, preserve del otro su secreto 'no sé qué', que impide la intimidad, sutil figura del desconocimiento. La identificación que sintetiza la reciprocidad es la del *como sí* de la contemplación y la creación estética.

